

LEFF, Enrique, *El fuego de la vida. Heidegger ante la cuestión ambiental*, Siglo XXI, Madrid, 2018.

Este libro no es un ensayo filosófico sobre la obra de Heidegger. No pretende establecer conexiones teóricas entre el pensador de Messkirch y la problemática ecológica. El “ante” que conforma el subtítulo: “Heidegger ante la cuestión ambiental”, opera aquí como los agentes de la autoridad que se encargan de llevar al recluso frente al tribunal que lo ha de juzgar. Porque Heidegger, como toda la filosofía europea, ha vivido aislado en el plano conceptual, y este libro quiere ser un reclamo de la “vida” en la filosofía, como él mismo se piensa.

La experiencia fundamental de Enrique Leff a lo largo y ancho de este libro es que la vida permanece como lo impensado de la filosofía. La filosofía ha estado obnubilada desde su comienzo bien por las Ideas, bien por Dios, bien por el Ser. En efecto, Heidegger también se cuenta dentro de la tradición metafísica que ha olvidado la vida. No hay ninguna vuelta a las cosas mismas ni en su obra ni tampoco en ningún otro filósofo coetáneo suyo. Así trata de mostrarlo Leff en los primeros compases de la obra, donde plantea la dualidad Ser-Vida para someter a análisis la corriente de la *Lebensphilosophie*, llegando a desfilan por sus páginas nombres como Dilthey o Husserl.

¿Pero qué significa la palabra vida? Este concepto, que aparece con frecuencia como sinónimo de lo real de la vida, es lo que Leff critica a la filosofía de haber olvidado. Se trata de un término metafísico, pero con buenos tintes científicos. De hecho, Leff dedica muchas páginas al análisis de conceptos científi-

cos tales como entropía o neguentropía. Leff piensa que, a través de la ciencia, se puede dar constancia de un substrato de realidad previo a cualquier significación filosófica, un atisbo de existencia “pura” que no es aún entre intramundano, según la terminología de *Ser y tiempo*. Así, amparado por la ciencia, se refiere a ese núcleo de realidad como “complejidad emergente” (en relación con la *physis* griega) y como las condiciones de sustentabilidad de la vida. Finalmente, le otorga una rúbrica metafísica, y lo presenta con la palabra lo “real de la vida”.

En la elección de este término, problemático cuanto menos (¿qué significa real?, ¿de qué modo se diferencian la realidad y la vida?, ¿hay algo así como lo “irreal de la vida”?, etc.), salta a la vista el paralelismo existente con las *Tesis sobre Feuerbach* de Karl Marx. Si Marx advertía que pensar el mundo no implica transformarlo, Leff, con la lección aprendida, critica igualmente el sueño de la filosofía europea, que vaga en la abstracción ideal mientras llama a abordar el plano que intuitivamente se opone a lo ideal y a lo conceptual, es decir el plano de lo real. Hay de hecho citas y referencias a Marx. Leff habla de la cuestión ambiental como la herencia de la metafísica occidental, que impera hoy bajo las formas de la técnica y el capital. Es el dominio del *Ge-stell* heideggeriano, pero también del régimen económico capitalista. Sin embargo, estas referencias son tan poco sustanciales que apenas si merecen ser tenidas en cuenta. Leff no profundiza en la cuestión del capitalismo. La da por hecho, sí, guiado por intuiciones que cualquiera puede compartir y tener por ciertas. Pero no se adentra más, desafortunadamente; no

desarrolla un punto, el del capital, y su relación con la técnica, que desde luego merecería ser desarrollado, y todas las referencias al capitalismo aparecen así como de pasada, sin llegar a consolidar una crítica sólida.

Finalmente, Leff presentará su propuesta de la racionalidad ambiental, donde ontología, ética, ecologismo y política se dan la mano para hallar modos de vivir de los Pueblos de la Tierra dentro de las condiciones de sustentabilidad de la Vida. Pero, como ya pasara en el caso de la crítica al capitalismo, la sensación es que el lector vuelve a quedarse a medias. Leff reserva esta propuesta para la parte final de su libro, y no hace sino presentarla por encima, ofreciendo sus rasgos a vuela pluma. Se echa en falta un mayor detalle y una mayor profundidad en la cuestión, la que seguramente habría merecido, sobre todo después de haber leído decenas de páginas en las que se comentan, de un modo introductorio, los principales rasgos de varios pensadores como Haar o Janicaud; decenas de

páginas que tal vez, en comparación con la propuesta original de la racionalidad ambiental, se sientan prescindibles.

En resumen, *El fuego de la vida* no es un mal libro, aunque tampoco sea brillante. Sin duda, su mayor defecto es la ambición desmesurada del autor con respecto a la obra: por querer abarcar demasiado, acaba apretando con poca fuerza. Enrique Leff quiso tratar demasiados temas y analizar demasiados autores, y el esfuerzo por estructurar todo el aparato teórico que maneja, no logra sin embargo suprimir una cierta sensación de desorden o anarquía. No obstante, su mejor baza es ese reclamo de la vida en la filosofía: ese dar cuenta de que por mucho que la filosofía piense e investigue, la vida establece sus propias condiciones de subsistencia, que han de ser necesariamente tomadas en cuenta.

Ramón  
CAMPANERO FERNÁNDEZ  
*Universidad Complutense  
de Madrid*